

**SABINA FREDERIC (2013). *LAS TRAMPAS DEL PASADO:
LAS FUERZAS ARMADAS Y SU INTEGRACIÓN AL ESTADO
DEMOCRÁTICO EN ARGENTINA.*
BUENOS AIRES.
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA (433 PÁGS.)¹**

Germán Soprano
Doctor en Antropología Social
CONICET / UNQ / UNLP
gsoprano69@gmail.com

Sólo desde hace un par de décadas la antropología social producida en Argentina se ha ocupado de aquellas poblaciones que no suelen asociarse con los miembros de los grupos subalternos que, por interés académico, vocación política y/o compromiso social, ocuparon tradicionalmente la atención de su agenda científica desde la década de 1960. Es por ello que, todavía hoy, dirigentes políticos, funcionarios estatales, empresarios, gerentes, sacerdotes, científicos, profesionales liberales, miembros de las clases medias, son sujetos sociales relativamente marginales en el diseño, el desarrollo y en los resultados alcanzados por estas investigaciones en el país. En ese escenario, ¡cuánto más excepcional constituye el esfuerzo por enfocar como problema y objeto de análisis a los militares y las Fuerzas Armadas en tanto actores e instituciones del Estado nacional! *Las trampas del pasado...* es, justamente, un detallado, incisivo y audaz estudio de tres dimensiones sociales referidas a los procesos de integración de los militares en el Estado democrático en la Argentina del siglo XXI: el reclutamiento y la retención del personal militar, su educación y la incorporación de las mujeres a las Fuerzas Armadas. Su autora, Sabina Frederic, es una conocida antropóloga social argentina que, en la década de 1990, efectuó una etnografía sobre relaciones entre moralidad y política en la profesionalización de dirigentes y militantes peronistas en un municipio del conurbano bonaerense. Posteriormente adicionó a aquella temática la comprensión de procesos de configuración profesional y moralidades en las perspectivas y experiencias de otras

¹ Fecha de realización de la reseña: junio de 2013.

poblaciones, también muy atípicas para el canon de la antropología local, como son el personal de las Fuerzas de Seguridad provinciales (policía bonaerense) y federales (gendarmes y prefectos), e integrantes de las Fuerzas Armadas (Ejército, Armada y Fuerza Aérea).

Ahora bien, la singularidad de este libro no se agota en la elección de una población-objetivo relativamente extraña para la antropología local (con la excepción, claro está, de las etnografías de Rosana Guber, Máximo Badaró y otros pocos antropólogos argentinos). En sus páginas también convergen y se amalgaman de un modo original sus saberes y experiencias como antropóloga especializada en el estudio de los militares (investigadora del CONICET y profesora de la Universidad Nacional de Quilmes) y como Subsecretaria de Formación del Ministerio de Defensa, un cargo que desempeñó entre 2009 y 2011 y desde el cual asumió la conducción civil de la política de educación militar en la Argentina. En otras palabras, el académico y la alta función pública constituyen dos perfiles que necesariamente convivieron en la autora y que, en definitiva, terminaron informando sus concepciones y sus metodología de análisis, la identificación y los modos de problematización específicos, así como también el desarrollo de los temas abordados en el libro.

Desde un comienzo Sabina Frederic interpela al lector sosteniendo una primera clave de lectura: el proceso de reinscripción de los militares en el Estado democrático abierto en diciembre de 1983 fue resultado de los efectos operados por las memorias de las posguerras (“Sucia”, “de Malvinas”, “Fría”) que orientaron las significaciones que sobre las Fuerzas Armadas y sus integrantes produjeron amplios sectores de la dirigencia política, funcionarios estatales y grupos de la sociedad civil. “La memoria –nos dice- no dio lugar a la historia” y, en consecuencia, en esa indistinción o adelgazamiento extremo de las fronteras entre las memorias sociales y la historia como comprensión del pasado, los militares de las décadas del ochenta, noventa o de la actualidad, fueron percibidos bajo el rótulo-estigma del amenazante golpista antidemocrático o del perverso perpetrador del terrorismo de estado. Y, como señala la autora, los académicos no fueron (no fuimos) ajenos a lo largo de treinta años de democracia a la reproducción de esos estereotipos. Es por ello que, por ejemplo, los “pensamientos y experiencias profesionales y de vida” de los militares hoy en actividad (que en su inmensa proporción iniciaron estudios en instituciones castrenses después de 1983) fueron, hasta recientemente, ignorados y desatendidos por la agenda de las ciencias sociales o, peor aún, sospechados de ser un reservorio en el que se anidaban y reproducían las voluntades del pasado dictatorial.

Esta primera clave de lectura de esas tres dimensiones sociales (reclutamiento y permanencia, educación militar e incorporación de mujeres) se ve complementada por otra. De acuerdo con esta segunda, las configuraciones locales de esas dimensiones no sólo son expresivas de ciertas particularidades históricas y presentes del Estado, la política y la sociedad argentina, sino de unos procesos de más amplia escala, activos en los Estados Unidos y los países de la Unión Europea desde al menos la década de 1970 y, en la actualidad, en otros países de América Latina. Así pues y a modo de ejemplos, por un lado, con el pasaje del sistema de conscripción obligatoria al de soldados voluntarios, el problema del reclutamiento y la retención del personal de tropa presentó

renovados desafíos a los Ministerios de Defensa y Fuerzas Armadas de los países democráticos que lo implementaron, pues ¿cómo podía ser posible que los jóvenes se incorporasen como soldados una vez desaparecida la obligación ciudadana de la prestación militar obligatoria? O bien, ¿qué atractivos o beneficios cabía ofrecer a los jóvenes como incentivos para que desarrollasen la carrera militar como oficiales o suboficiales en una misma institución durante un extenso período de sus vidas (entre 20 y 35 años)? Por otro lado, la inscripción de las instituciones de formación y capacitación militar en el sistema universitario y su adecuación a los estándares pedagógicos e institucionales de la educación superior es, también, un hecho que excede las transformaciones iniciadas en la Argentina en la década de 1990. Así pues, las academias militares europeas asisten, desde fines del siglo XX, a complejos procesos de adecuación a los acuerdos del Proceso de Bologna que tornan más heterónoma la autonomía del control castrense sobre aquellas. Y, finalmente, la ampliación de la apertura y la jerarquización de la participación de las mujeres en profesiones otrora monopolios masculinos y la promoción de políticas de equidad de género, terminaron impactando en el diseño de las Fuerzas Armadas de los países occidentales, cuanto menos desde la década de 1980, siendo por ello un fenómeno que, una vez más, no es privativo de la Argentina, aun cuando naturalmente reconoce aquí (al igual que en las otras dos dimensiones) sus especificidades nacionales.

De tal forma, sirviéndose del diálogo y, eventualmente, de la comparación con investigaciones empíricas correspondientes a otros países, Frederic se acerca a estos tres temas proponiendo un interesante balance o contrapeso analítico entre, por un lado, la caracterización de las singularidades de los fenómenos sociales que estudia y, por otro, la identificación de aquellos rasgos más generales o comprensivos a los que se encuentran asociados, evitando así incurrir en cierto provincianismo (nacional o regional latinoamericano) con que más habitualmente hemos comprendido desde las ciencias sociales a los militares y las Fuerzas Armadas Argentinas. El recurso a la comparación (vale la pena aclararlo) no sólo es una actualización de cierta tradicional metodología antropológica, pues los propios actores sociales observan afinidades en los procesos de modernización y profesionalización en curso en las Fuerzas Armadas de diferentes países occidentales, centrales y periféricos.

Sabina Frederic sostiene, además, que las tres dimensiones de estudio seleccionadas son analíticamente relevantes porque en ellas se revelan áreas de vinculación entre funcionarios militares y civiles. Es en esos ámbitos de interlocución de sujetos sociales que se reconocen a la vez diferentes (“civiles” y “militares”), pero también otras veces subsumidos bajo categorías sociales comunes (“argentinos”, “hombres”, “mujeres”, “jóvenes”, “profesionales”, “especialistas en defensa nacional” o “en educación”) donde la producción de una “mirada etnográfica y antropológica” de esos encuentros y diálogos exhibe su potencial interpretativo para interrogar y analizar esos procesos de integración de los militares al Estado democrático. Para la autora, en el despliegue de esa tensión entre el reconocimiento de la alteridad y de aquello que se tiene como humanamente común (un ejercicio antropológico clásico) se evidencia que “La otredad que los militares representan nos desafía moralmente, no solo por las particularidades del proceso histórico argentino, sino porque ellos encarnan

esa dimensión de lo humano que es recurrentemente negada” (29), como es el recurso, legítimo o ilegítimo, a la violencia física o a la fuerza pública cuyo empleo, en última instancia, llega a ocasionar la muerte.

En suma, *Las trampas del pasado...* se arriesga a pensar unos temas y a interpelar a los lectores acerca de poblaciones, hechos e instituciones estatales que, en general, los antropólogos sociales argentinos han omitido o se han resistido a afrontar, al menos hasta hace muy poco tiempo. Su autora no duda en colocar como objeto de análisis experiencias decisivas durante su paso por la gestión pública en el Ministerio de Defensa, pues permiten apreciar mejor cómo fue construyendo los problemas, los temas y los resultados que nos presenta, así como los dilemas intelectuales, políticos y morales con los cuales fue confrontándose como académica, funcionaria y ciudadana, tanto en la investigación como en la gestión y en la escritura. En este sentido, quizá algunos colegas podrían clasificar este libro como un ensayo de auto-etnografía. Sin objetar esa posible clasificación, personalmente, me inclinaría por definirlo en términos más clásicos: lo que Sabina Frederic ofrece es un lúcido ejercicio de objetivación de las condiciones históricas de producción etnográfica, localizado en las fronteras e intersecciones de los saberes y prácticas científicas y estatales, y desde la confrontación entre heterodoxas identidades (auto-atribuidas y/o impuestas por sus interlocutores) en torno a las figuras sociales de la ciudadana, la académica y la funcionaria pública. Y si enunciamos estos últimos términos en femenino es porque la identidad de género de la autora en determinadas circunstancias tuvo una potente eficacia en la explicación de fenómenos sociales de la esfera de la defensa nacional y de sus instrumentos militares, donde la masculinidad ha sido dominante.

Cierro entonces estos comentarios con palabras de la autora cuando dice que “La experiencia me obligó a reflexionar acerca de nuestras ideas y concepciones sobre lo sucedido en los años setenta, pero ya no solo en el plano del debate argumentativo teórico-político, sino dirimiendo al mismo tiempo sus efectos en el orden real. Es decir, sabiendo que las intervenciones que llevaríamos adelante provocarían efectos sobre los saberes y los saberes hacer; en fin, sobre las personas y las instituciones” (33). Sin dudas, tal reflexión no constituye por sí sola una evidencia del pensar y el quehacer antropológico, pero sí es una plataforma desde la cual se erigen principios básicos del enfoque y la metodología etnográfica. Parfraseando a la antropóloga argentina Rosana Guber, el estudio de la alteridad social y cultural debe producirse suspendiendo las certezas sobre las que se construyen nuestras concepciones del mundo y reconociendo las orientaciones de la acción social de los otros en sus propios términos, lógicas y contextos de uso, al tiempo que ese conocimiento de la otredad arroja un resultado inesperado: habilita la posibilidad de comprender, en la relación especular que activa la comparación, que nuestras concepciones y prácticas sociales también son un producto histórico singular. Que ese resultado inesperado sea apropiado e instrumentalizado en beneficio de políticas públicas o del debate político de los ciudadanos, probablemente, es un hecho que no está directamente al alcance del antropólogo, aun cuando, es cierto, la experiencia de Sabina Frederic demuestra que, si se acepta correr riesgos, se gana mucho intentándolo.